

No, por desgracia, no somos lo suficientemente precisos

León Trotsky

17 de diciembre de 1921

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 93-96. Fechado el 17 de diciembre de 1921 y publicado en *Izvestia* el 23 del mismo mes.)

La exactitud o la precisión es una virtud que se adquiere gradualmente y puede servir como criterio de desarrollo económico y cultural para un pueblo, una clase o incluso un individuo. Y lo que más nos falta es precisión. Todo nuestro pasado nacional fue tal que no fuimos entrenados para ser precisos. Se puede decir sin exagerar que cada desastre, cada fracaso, cada desgracia social adquiere mayores proporciones de las que cabría esperar sólo por la ausencia de coordinación de las operaciones, que en sí mismas son imposibles sin precisión. Y por esa misma razón, cada uno de nuestros esfuerzos colectivos arroja resultados muy inferiores a los que cabría esperar.

La persona precisa no se precipita. Personas apresuradas, personas que siempre llegan tarde a todo; de esas tenemos suficientes. Pero personas precisas, es decir, personas que saben lo que significa una hora, lo que significa un minuto, que son capaces de organizar su trabajo y no perder ni su tiempo ni el de los demás, de esas tenemos muy pocas. Su número está creciendo, pero sólo lentamente. Y ésta es la mayor fuente de dificultades en nuestro trabajo económico, así como en el militar.

Todo trabajo práctico requiere una orientación en términos de tiempo y espacio. Mientras tanto, toda nuestra formación anterior no nos ha enseñado el valor del tiempo ni del espacio. Siempre nos ha parecido que, sea lo que sea, probablemente tengamos suficiente. Somos unos medidores miserables.

Pregunten a cualquier campesino cuántas verstas hay hasta el pueblo de Ivansjov. Responderá: tres verstas. Por experiencia sabemos que pueden ser siete u ocho verstas hasta Ivansjov. Si usted es exigente y persistente y empiece a repreguntarle si son exactamente tres verstas, no más, no cinco o siete, en la mayoría de los casos, su interlocutor responderá: “¿Quién sabe cuántas verstas son?” Y, en realidad, no se han medido las distancias. Hay incluso varios proverbios al respecto: “La vieja medía con la muleta y saludaba con la mano”, etc.

Durante los recorridos por el frente nos encontrábamos a diario con actitudes extremadamente desordenadas respecto a la distancia y el tiempo por parte de los campesinos locales que hacían de guías y también, no pocas veces, por parte de los comisarios y comandantes del propio ejército.

Se podría componer un cuaderno de tamaño considerable de recuerdos y observaciones sobre la cuestión de los guías militares. Sometimos a cada nuevo guía a una prueba de fuego. ¿Conocía realmente la carretera? ¿Cuántas veces la había recorrido? Este método resultó ser extremadamente importante para nosotros al descubrir que ayer o hace tres días ese mismo guía nos había engañado porque resultó que no conocía la carretera en absoluto. Después de un severo interrogatorio, el guía tomaba asiento y, al cabo de media hora de haber salido, miraba ansiosamente a un lado y a otro, murmurando que sólo había recorrido esta carretera una vez, y que lo había hecho de noche.

Sin duda, la fuente de tal actitud hacia el tiempo propio o ajeno es la naturaleza de la Rusia rural. Allí, el salvaje clima y el salvaje sistema oficial de esclavitud sirvieron

de escuela para entrenar la pasividad, la paciencia y, como resultado, la indiferencia al tiempo. La capacidad de esperar durante horas junto a la puerta de alguien (con tranquilidad, paciencia y pasividad) es una característica ancestral del campesino ruso. “No te preocupes, esperará” es la “expresión” más conocida del desprecio de la nobleza hacia el tiempo del campesino y la certeza, igualmente despectiva, de que el campesino aguantará cualquier cosa, ya que no está acostumbrado a valorar su tiempo.

En la actualidad, a punto de terminar 1921, los campesinos no son los mismos que antes de 1861, ni antes de 1914, ni antes de 1917. Se han producido enormes cambios en sus condiciones de vida y en su conciencia. Pero estos cambios sólo han hecho incursiones en la sustancia básica de su visión del mundo. Todavía no han conseguido remodelar esa visión, es decir, transformar los hábitos y formas arraigados.

La industria y la fabricación, por su propia naturaleza, requieren precisión. Un arado de madera excava la tierra de una forma u otra. Pero si los engranajes de dos ruedas no encajan con precisión, toda una máquina se detiene o se destruye. El proletario, cuyo trabajo se pone en marcha y se detiene con el sonido de un silbato, es mucho más capaz de valorar el tiempo y el espacio de lo que lo es el campesino. Sin embargo, nuestra clase obrera obtiene sus reemplazos de ese mismo campesinado, y así sus rasgos son llevados a la fábrica.

El ejército moderno es un ejército mecanizado. Exige precisión en el tiempo y en el espacio. Sin ella, la combinación necesaria de sistemas de armas, fuerza técnica y capacidad técnica no estará disponible. En este ámbito, somos muy débiles. Cuando se trata del tiempo, muy a menudo calculamos mal. Ocuparse de un asunto como el traslado de la artillería a un lugar determinado en el momento adecuado es un trabajo muy, muy difícil. Y no sólo porque los caminos sean malos (la reparación de los caminos malos puede incluirse en el cálculo global), sino porque la orden llega a destiempo o no se lee a tiempo. Además, los distintos aspectos de la preparación no se realizan de forma sincronizada o paralela, sino uno tras otro. Después de haber proporcionado el forraje, alguien recuerda que no había suficientes arneses; más tarde alguien sabe que era mejor pedir prismáticos o mapas, y así sucesivamente.

“El tiempo perdido es tan irremediable como la muerte”, escribió una vez Pedro, que a cada paso chocaba con la pereza, la inmovilidad y la negligencia de los barbudos boyardos. La clase privilegiada reflejaba, a su manera, las características generales de la Rusia rural. Pedro se esforzó por enseñar a la clase militar a considerar el tiempo como lo hacían los alemanes o los holandeses. La precisión superficial, formal y burocrática de la maquinaria zarista surgió sin duda de las reformas de Pedro. Pero esta precisión ritualizada no es más que una tapadera para la dilación que heredamos del maldito pasado, junto con la pobreza y el analfabetismo.

Sólo el amplio desarrollo de una economía mecanizada, la correcta división del trabajo y su correcta organización fomentan los hábitos de precisión y exactitud. Pero, por otra parte, la correcta organización de la economía actual es impensable sin precisión y exactitud. Una depende de la otra. La una puede ayudar u oponerse a la otra.

Nuestra propaganda política desempeña un papel en este asunto. Por supuesto, es imposible erradicar la dejadez y la irresponsabilidad mediante la repetición incesante de la palabra “precisión”. En este ámbito es donde nuestra propaganda y nuestra labor educativa deben arraigar más profundamente en nuestro experimento masivo de construcción conscientemente planificada. La repetición pura y dura adquiere un carácter molesto y a veces insoportable y al final no sólo pasa por encima de la propia conciencia, sino que sale por el otro oído. Pero si la repetición continua se orienta a la experiencia viva de las fábricas, plantas, granjas estatales, cuarteles, escuelas y oficinas, entonces gradualmente, poco a poco (oh, ¡qué lentamente!), se arraigará en la conciencia de la

gente y contribuirá a mejorar la organización práctica del trabajo. Y el trabajo práctico ligeramente mejorado en nuestras instituciones facilita a su vez la formación de hábitos de precisión y exactitud, dos de las características más necesarias de un individuo consciente, independiente y culto.

Esta es la era de la aviación, la electrificación, el teléfono y el telégrafo; la era de la revolución socialista, que debe transformar toda la economía en una fábrica sincronizada en la que todos los engranajes encajen con precisión de reloj, y en medio de esta era andamos hasta las rodillas, y a veces mucho más arriba, en el fango del viejo y bárbaro pasado. En todos los asuntos, grandes y pequeños, uno debe decirse a sí mismo varias veces al día: “Sí, ciertamente no somos lo suficientemente precisos”. Sin embargo, no hay ni puede haber una nota de desesperación en este grito.

La precisión es algo que llegará con el tiempo. La aprenderemos. Dominaremos su secreto, y eso significa que nos haremos más ricos, más fuertes y más sabios, porque lo uno se deriva de lo otro.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es